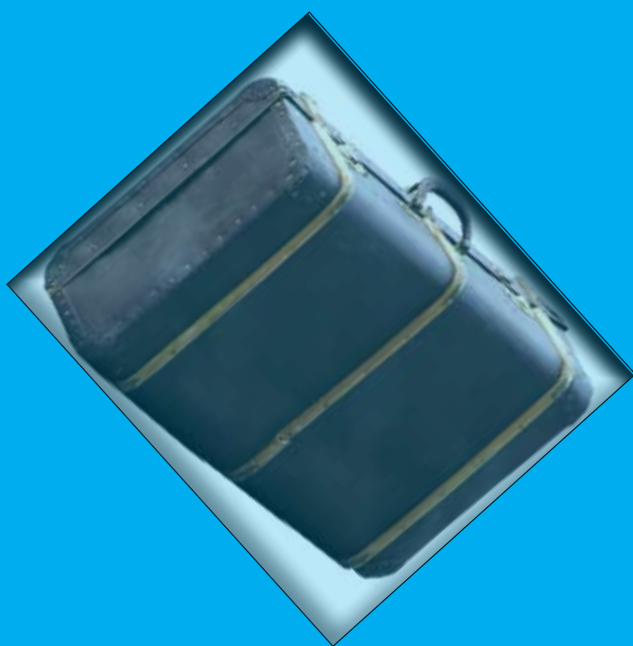


LEÓN DE LA HOZ

VIDAS DE GULLIVER



BETANIA

VIDAS DE GULLIVER

León de la Hoz

VIDAS DE GULLIVER

Colección POESÍA

Cubierta y foto de León de la Hoz

© León de la Hoz, 2012
Editorial Betania
Apartado de Correos 50.767
28080 Madrid, España

I.S.B.N.: 978-84-8017-321-6.
Depósito legal: M-39658-2012.

Imprime Publicisa

Impreso en España - Printed in Spain

*Para mis dos hijos, Ramsés y Lucas,
islas y vidas en mis muertes.*

Ser una hidra es fácil, pero matarla no, porque si bien hay que matar a la hidra cortándole sus numerosas cabezas (de siete a nueve según los autores o bestiarios consultables), es preciso dejarle por lo menos una, puesto que la hidra es el mismo Lucas y lo que él quisiera es salir de la hidra pero quedarse en Lucas, pasar de lo poli a lo unicéfalo (...) Una cosa es matar a la hidra y otra ser esa hidra que alguna vez fue solamente Lucas y quisiera volver a serlo.

Julio Cortázar. *Un tal Lucas*

VIDAS COMO ISLAS

*Para Cesi,
que apareció en la oscuridad.*

Edmundo se quedó inmóvil ante aquel gran espectáculo, como si lo viese por primera vez. Lo había olvidado en efecto, desde su entrada en el calabozo. Se volvió hacia el castillo, escudriñando con una penetrante mirada la tierra y el mar. El sombrío edificio se recostaba entre las olas con esa imponente majestad de las cosas inmóviles, que parece que tengan ojos para vigilar y acento para ordenar.

Alejandro Dumas. *El conde de Montecristo*

Éste que veis no soy yo

Éste que veis no soy yo, aunque quisiera.
Éste que veis es la sombra del que estuvo
aquí hace mil años con el sol a la espalda.
Es la imagen de uno que quiso ser santo
y acabó siendo éste que veis condenado.
Yo no soy éste, ni estoy, ni aquí estaré.
Yo quedé atrapado entre los muros de Ite
el día que elegí la vida de Edmond Dantés.
Ni siquiera soy éste otro que se quiebra
en las manos tiernas de una violinista.

Si parezco el volantnero del crepúsculo
que se cree a horcajadas en el horizonte,
no soy yo, ni nunca lo fui, ni podré serlo.
Si creyeran que soy máscara de estreno
porque duermo y despierto con ojos de otro,
no soy, ni nunca lo sería, ni lo he sido.
Si dijera que pude soñar éste que veis,
no confiéis en los ojos de un viejo soñador
que dice haber vivido entre ustedes.

Yo debiera ser nada más lo que no soy.
Un árbol que crece con la copa hacia bajo
y las raíces pegadas al cielo con estrellas.
El que corre como un caracol aterrado
a la luz por el filo de la hoja de acanto
antes de caer en la baba que lo sigue.

Tampoco tú, amiga, amor, con tus manos
me salvarás de no estar aquí o en otro sitio.
Éste que sientes abrazado a tu cuerpo desnudo
en realidad se adentra en una playa desierta,
llena sus pulmones imitando a un hombre libre,
y ni siquiera yo puedo imaginarme quién es.
Mi suerte es ser un eco sin réplica del vacío.

He sido todo y no he sido nada, he sido todos
y sin embargo soy Nadie, sin llamarme Odiseo.
Fui el errante sin destino como lo fue Gulliver
y Robinson Crusoe antes de amar a Viernes.
Mi cárcel fue una isla semejante a un castillo
antes de ser mi redentor dejándome morir.
Adopté naufragios como cuerpos en la arena
y los cuerpos como islas que fueron patrias.
Mi soledad ha sido semejante en dolor
al de una isla abandonada por su náufrago.

Eso sí, las islas fueron mi única morada.
Islas atrapadas en el tiempo y entre muros,
ciudades sin puentes, ni puertas, ni ventanas.
Islas sin agua que me dejaran nadar a otras islas,
islas clavadas en el corazón como una cruz,
un nombre de isla marcado con hierro al alma,
piel de una vaca que pasta su propia muerte.

Apátrida

Yo tuve un país de arrecifes llenos de sangre
donde morían quienes llegaban o se iban
y sin embargo parecían playas de nudistas.
Era un país largo y estrecho como un cuchillo
y con tantos muertos que se veían desde la luna,
aunque esa era su principal virtud, según decían.
Extraño y difícil lugar para nacer y morir,
si bien nació de las aguas para ser admirado,
loado, santificado y enaltecido por su belleza.
Ese país que yo tuve y que cabía en mi mano
me lo llevé cualquier día para que no muriera.
Lo tuve dejando su mierda en mis bolsillos
como un canario, aunque le llamaban cocodrilo,
hasta que un día decidió escapar también.
Es cierto, señor juez, yo tuve un día un país
y ahora es un lugar de polvo en el viento.

Hombre pájaro

Yo tuve una isla, varias mujeres e incluso dos hijos.
Nadie diría que fue así, ni que tuve más ni menos,
al verme hoy deambular los aleros de la ciudad
buscando las migajas que sobra a los gorriones.
Estas alas viejas me crecieron soñando y huyendo
y sin embargo sólo han servido para dar traspies
entre el suelo y la luna como un pájaro tuerto.
Ni yo mismo al hundir el pico en el cielo
puedo ver en mis ojos el azul del horizonte
donde siempre aguardaba la libertad del viento.
Yo tuve lo que un hombre tiene para ser un árbol,
no obstante me enamoré del viento y me hice pájaro.

Esto es la patria

La patria es este portal que me da techo,
la columna donde apoyo la vejez y espero
el remedio del tiempo para mis heridas.
Es el suelo o el sofá prestado donde sueño
y dos huecos como balas que son mis hijos.
Es el zumbido del mar que me ensordece
con una dolorosa canción de desamor,
mientras naufrago a una isla imaginaria.
Son dos o tres recuerdos y nada más,
ni una rosa blanca ni una bandera,
solamente yo, mi equipaje y el viento.

Poema de Cuba

Este poema lo encontré en la basura,
está manchado de heces y tomate.
Nadie parecía haberlo puesto allí
junto a la porquería reciclable.
Entre los sucios y torcidos renglones
podían leerse palabras que no eran mías,
muerte, ideología, política, patria, Dios,
y en un borde arrugado del papel
con tinta de imprenta decía Made in Cuba.
Sin embargo, yo lo firmo como mío.
Hago mío el detritus y tal vez la salvación.

Un lugar

Un día estuve en un lugar que creí el centro del mundo,
ese lugar primero estuvo en una mujer que fue mi madre,
luego en la calle en medio de la ciudad que me vio nacer
y luego en el jardín de la mujer de quien fui jardinero.
Eso era antes, ahora no sé dónde estoy, ni a dónde voy,
se me ha gastado la estrella que marcaba mi horizonte.
Voy a la deriva como un condenado a no tener ni patria.
He construido grandes castillos de palabras para mi vida,
que sin embargo no fueron más importantes que la barca
donde tantas veces logré escapar de la gente y la muerte.
Todo cuanto dije y escribí sólo sirve para darle casa
al perro que me sigue bajo la lluvia como si fuera Viernes.
Tal vez esas palabras que se diluyen en el agua, sirvan
a mis hijos para saber que un día también fui padre.

Castillo de Ife

Estas son las cuatro paredes de mi casa,
tan blancas y breves que parecen no existir.
A pesar de eso no hay otra casa como ésta
y en ella estoy con el cuchillo de mi madre.
Allí está la ventana invitándome a escapar.
Por ahí viene la brisa de un mar lejano,
oscuro y con blando hedor a muerto.
Ese es mi destino cuando pienso en ser libre.
No hay otra casa en el mundo para mí.
Cuando me asomo veo el faro que relumbra
como una estrella en la bandera y da miedo.

El cuchillo de mi madre

Veo el rugoso cuchillo de mi madre en la noche,
se acerca desde la infancia con una luz que mata
y con la parsimonia de un pez se pone frente a mí.
Cara a cara no parecemos dos seres tan distintos.
Me mira a los ojos con la fría mirada de un cuchillo,
me tienta, me seduce con el suave olor a cocina,
y me ofrece su empuñadura de orégano y sangre.
Sin embargo dudo, no me atrevo a tomarlo, y dejo
que nade su cuerpo mortal en el vacío de mi cuarto.

Las cuatro heridas

Mientras camino hacia el matadero
veo el cuerpo que anda a mi lado.
Es un poco de carne y se llama como yo.
Lleva las tres hermosas heridas de Cristo
y una más por haber nacido en una isla.
Va alegre, cantando, sin saber adónde va.
Lleva colonia y traje caros de Japón,
aunque ignora que va desnudo y apesta
igual a todos camino del matadero.
Va gustándose en los escaparates de moda
como un ministro ante la multitud,
pronto nada de eso importará.
Lo veo pasar flotando sin fijarse en mí,
huelo en sus pies el pus de la gloria
y la sangre fresca sobre el cemento gris.

Paisaje

A través de la ventanilla del tren
veo transcurrir la vida de los otros.
Dóciles bultos que vagan en el pasto,
sombras iluminadas por el poniente.
A lo lejos un árbol solitario florece.
Mi vida no se ve
porque viaja al matadero,
en este tren con vistas al paisaje.
Hace tiempo viajo en silencio,
con el cuchillo de mi madre
en las costillas.

Muerte por mano propia

Estoy tumbado sobre un charco de tinta.
En una mano tengo el cuchillo de mi madre.
Veó cómo la vida se me va sin alas,
a mis hijos que chapotean en mi tinta
salpicando las blancas paredes de la celda,
mis palabras que se ahogan y diluyen mudas.
Todo eso lo veo a ras del suelo
con una profunda y triste herida en el pecho.
Es mi última imagen y la veo al revés.

Ícaro

Mi nombre no es Ícaro,
sin embargo a menudo sueño
que caigo de una cima iluminada
al foso donde brillan cadáveres
como vidrios en la basura.
Caigo infinitamente sin caer
cayendo dentro de mí mismo,
hasta que del costado me salen alas.
Remonto el viento,
vuelvo a subir hasta los focos
y nuevamente caigo,
una y otra vez
con las alas quemadas por la luz.
A menudo sueño,
y sin embargo mi nombre no es Ícaro.

Foto movida

Se ve un plano inclinado en blanco y negro.
Un puente en lo más alto lleno de farolas.
El cuerpo borroso que cae rápidamente
dejando una estela de vida en el aire.
Puede ser un animal o un cuerpo humano.
No se sabe ni se sabrá hasta que choque
y llegue la gente alrededor de las tripas
manchándose los zapatos con la sangre.
Ni siquiera sabremos entonces qué es eso
que deja en el suelo esa bella rosa roja.

León

Un león, y no el tigre de Borges,
es el que cada noche entra y sale
de mis sueños con un traje a rayas.
Me da miedo verlo entrar en mí
con el cuchillo de mi madre
y abrir puertas como si me buscara.
Oculto detrás de su propia sombra,
veo el brillo del sudor de su frente
y el filo de cortar la noche en dos.
Me da más miedo verlo partir,
pues sé que un día no volverá.
Le clavarán el cuchillo en la espalda
y en su lugar entrará un hilo de sangre
bajo la puerta que empuja cada noche.
Yo no sé quién es ésta aparente fiera
para la cual soy cárcel de libertad,
si un doble o mi alma, no lo sé.

Libertad

Mi soledad es esto que no veis
y viaja conmigo a todas partes,
como un perro guardián.
Música y silencio que me salva
de ustedes, queridos amigos.
Puede que no sepa su color,
ni siquiera si lleva collar o tiene nombre,
pero mi soledad es ésta con celo
que protege mi libertad.

Odiseo

La última mujer está en alguna parte
y me espera sin que yo conozca su rostro.
Ella me ama y me busca desde siempre
con un deseo desmedido para un mortal.

Sé que ella estará en mi último puerto
y será mi destino final al encontrarnos.
Sólo espero llegar tarde a ese día
donde me espera con su crisantemo.

No la amo, aunque tampoco la eludo.
De ella no sé otra cosa que su nombre.
Y habré llegado a sus brazos mortales
al decir mi nombre en la oscuridad.

Poema de la China

Lo malo y lo bueno viene de la China. Antes no era así.
Antes la China era una joven amante de ojos oblicuos
descendiente de Sun Tzu entre sábanas y penumbras.
Hoy todo viene de la China remota que nadie conoce,
antigua, misteriosa y excitante como una doncella.
Todo viene de la China, aunque en ningún lugar está
la joven que ponía la taza de té caliente en su lacio pubis
cada noche antes de volver al país de donde todo viene.
La espero con el El arte de la guerra, busco entre líneas
el olor a jazmín marchito que dejaba la guerrera china.

Los generales del Emperador

Eran guerreros, estrategas, y se amaban aún con más amor que al Emperador. A la hora de planear el próximo combate, desnudos bajo la íntima carpa, vigilada por dos fornidos y fieles soldados ciegos, se escribían mutuamente los cuerpos que luego expondrían a las espadas. El más viejo, de rodillas daba su espalda entre las piernas de jinete del más joven. Le llamaban la posición de cangrejo. Su espalda de nácar era campo de batalla donde el otro dibujaba en caligramas cómo sería el encuentro con la muerte, ponía la mitad del alma en la escritura, la otra parte pertenecía al Emperador. Sabían que dar vida a cada palabra era montar desnudos sobre dragones. Habían cortado cabezas de hombres, quemado ciudades y sembrado el terror para perpetuarse como guerreros. Sin embargo, el simple acto de escribir cómo sería el combate al amanecer los hacía temblar abrazados a la lumbre. La vida del otro dependía de dar vida a su compañero en la hermosa espalda de guerrero que sostenía el destino del país.

Los sables brillan protegidos por la sombra,
las armaduras esperan apoyadas en la puerta.
Mientras el más joven de los guerreros llora
sobre las cicatrices del compañero amado,
un cuerpo insonme, leve, como su alma,
deambula desnudo por el campo de batalla.

Estaciones

El aire que pega en la cara esta noche de otoño es el mismo que el último invierno rozó el cerezo en una triste aldea de una película de Kurosawa, y no es diferente al que mueve la falda de lino acariciando tus muslos colegiales recién afeitados en algún sitio tan lejano que no puedo recordar. Este aire volverá en la primavera a esta plaza, buscará mi rostro para recordarme y ya no estaré, pero seguirá llevando eternos tus muslos de pan tierno, de estación a estación contra el hambre y el desdén.

El sexo de la señorita C.

El sexo de la señorita C. es una gran casa de papel
levantada a mano en un bosque de hierbabuena.
Es el más inseguro pero hermoso de los amparos.
Me espera en la puerta el ujier idiota con su turbante
que sin ningún recato ni protocolo habla por los codos.
Cuando ya estoy dentro me siento a una larga mesa
donde comemos como cerdos los manjares del mar:
restos de otros cuerpos se deshacen en la boca,
frutas de un rancio olor de playas de otra parte.
Luego, hartos de comer y beber, beber y comer,
cuando no queda nada que se pueda compartir,
me lavo en el manantial de la noche y me despido.
Ebrio y ciego salgo por la puerta de los criados,
con los dedos húmedos por delante avanzo a tumbos,
atravieso un oscuro pasaje y caigo de un negro pozo
a una estancia inmunda de donde llega la primavera.

El gato birmano

Hoy es un mal día para pensar en ti
cuando todo se hunde dentro mí.
Sin embargo, mientras nieva,
al otro lado de la ciudad imagino tu sexo,
sudoroso, de prisa entre la gente.
Más tarde echado en la cama junto a ti.
Tibio gato sagrado de Birmania,
con las patas abiertas, los ojos húmedos
en la espera anhelante, como una novia
que me reclama con la flor en la mano.
Nada merece más sacrificio en este día.
Y eso es suficiente para saltar una verja,
robar en un jardín lleno de mastines
y correr hasta él para salvarlo de ti.
Oh, dulce animal sin nombre,
por ti yo me salvaría en el infierno.

Sueño de una noche tropical

Me han traído vendado, amordazado y maniatado.
Temo que nadie pueda salvarme en esta oscuridad.
Me gritan y patean aquellas hermosas mujeres
que fueron mis amores y hoy se vengan sin piedad.
Ninguna súplica o promesa de amor es suficiente.
Me vejan, me muerden y hunden sus uñas pintadas
por juramentos que hice sobre sus cuerpos jóvenes.
Desnudo, no sé dónde estoy, ni cuál me arranca
con los dientes la piel con sangre que me escupe.
Cada una exige parte de un botín que ya no existe
y todas saborean la victoria sobre el hombre viejo
que no tiene nada que ofrecer a cambio de su vida.
No vienen por mi cuerpo y menos por mi corazón,
como sucede entre viejos amantes que vuelven,
no nos comprendemos pero tampoco nos odiamos,
y no sabemos muy bien qué quiere el uno del otro.
Sus negras alas planean en mi sueño, tapan la luz,
antes de picotear mis heridas sin sanar de guerrero.
Dan vueltas sobre su víctima, canturrean un verso.
cierro los ojos para retomar sus cuerpos del pasado.
Creo que moriré a manos de mis amadas enemigas
que invaden el dudoso país vencido de mi cuerpo.

La rosa a tu sombra

Me voy oyendo lo que dice tu sombra
en los lugares que ahora hablan de ti.
Antiguas tabernas llenas de borrachos
y lupanares empobrecidos por la sífilis
donde nunca has estado, te recuerdan.
Es tu sombra que me sigue sin descanso
bajo la luz del sol y de las lunas
como una capa negra en mi espalda.
No es que te haya amado, tampoco lo sé.
Sí me gustaba tu cuerpo que marchité
como una rosa en el vaso de las visitas,
tu sexo de yegua que comí y devolví
sobre la alfombra, antes de montar
una vez más sobre el lomo de las olas.
Y amé tus ojos que hablaban del azul
antes de volver naúfrago de mí mismo.
No es que te haya amado como querías.
Sin embargo, la sombra de tu cuerpo
va suplantando las cosas que yo amaba.
En el vacío, a tu sombra, nace una rosa.

Nadar el alma

Para C. S.

Soy el náufrago al que abandonas tu cuerpo,
dejándolo a la deriva para que pueda salvarse.
Lo veo resucitar hermoso entre las olas.
Enormes letreros indican donde poner
las manos que llevan mi alma sin mojarla.
Unas veces la salvo dejándola sobre la tuya
y otras la dejas morir sin brazos para cogerla.
Sin embargo siempre quiero naufragar en ti,
ser una vez más el náufrago que naufraga
incluso al precio de su única y raída alma,
ese trozo de tela blanca que ondea negra,
como una camisa anticuada en el armario.
Tu cuerpo es una de esas islas que llegan
al hombre que nada tu alma por morir en ti.

ISLAS COMO VIDAS

*Para Lula,
que no escatima dones de su infinita bondad.*

Cierto que vivía libre en una isla, pero para mí era una cárcel en el más duro sentido de la palabra. Empecé a imaginar otro modo de libertad, al contemplar con horror mi vida pasada, y mis pecados surgieron tan terriblemente ante mí que mi alma sólo ansiaba de Dios liberación.

Daniel Defoe. *Robinson Crusoe*

Barcos, islas

Una isla en el aire avanza en la lejanía,
va sin agua arrebatando el azul al cielo
y me ofrece socorro pidiéndome la vida.
Es una isla vacía como un barco fantasma
que entra y sale de puertos que hay en mí,
con diferentes nombres y formas engañosas.
Unas veces parece otra mujer o una ciudad,
son identidades que adopta para salvarme.
No es más que una isla lejos de otras islas,
barcos anclados en la nada del horizonte.
Barcos, islas, que se quiebran en la niebla
frente al náufrago vencido por su sueño.
Es la isla que boga con la estrella metálica,
oxidada, entre dos huesos en la bandera.

Isla

Hoy nieva en Madrid como un milagro.
Nieva en mis bolsillos vacíos, llenos de islas
que han ido quedando en mi vida.
Yo mismo soy una isla y vengo de otra.
La nieve, negra, cae sobre mis islas
que se disputan el calor de mis dedos
entre despojos de los naufragios:
un botón, una monedita, un boleto de tren.
Mi vida son islas levantadas por el viento
a las que llego y parto como un náufrago
que sangra sus pies en los arrecifes.
Cada día es una isla más a donde voy
y cada noche es otra de la que escapo.
Un cuerpo, un abrazo, una limosna, un hijo
son sólo islas que resplandecen en la nada.

Ruego al mar

Para Eduardo, hermano y santiaguero pro.

Entre un punto y otro de mi vida errante está el mar.
Desde Santiago a una calle cualquiera del mundo
yo siento que el mar acerca a mi orilla moluscos,
estrellas y residuos fétidos del pasado de los otros.
De un cuerpo a otro de mujer llego dando brazadas,
largas brazadas de náufrago que termina por morir.
De una vida a otra de mis vidas voy de isla en isla,
harto de soledad, ahogándome y escupiendo peces.
Soy víctima del mar, hondo y circular, que me lleva
y me trae las playas, arrecifes, acantilados y rías
donde floto muerto, hinchado de espuma y paisaje.
Soy parte de la porquería que va y viene eterna
y se llama mar, agua salada en medio de la noche.
Sitiado por los encinares y los labrantíos de Castilla
o en medio de setos sordos y ventanas polvorientas,
oigo la voz del mar que se arrastra por la arena,
llamando como si fuera una mascota moribunda.

Despierto en la noche vacía, silenciosa y profunda
y me oigo rodar en la orilla de una playa solitaria.
A veces me resisto y quiero errar por fuera, inerte,
como una partícula de polvo en el aire de mi cuarto,
pero no puedo dejar de ser quien lleva el mar dentro,
un viajero que carga islas y sobrevidas en cada puerto.
Y mientras ando piedras de pueblos grises y serranos,
es el mar quien me sostiene en sus hombros múltiples
como alguna vez lo hiciera bajo los pies de Cristo,

si paseo una montaña es su verde lo que me revive,
si sufro la sed de un desierto es el que me la calma.
Oh, Dios, sé que no importo en tu obra más perfecta,
igual tampoco yo te tengo en mis oraciones,
por eso ruego que seas piadoso quitándome el oído
para no escuchar ese susurro del mar que me socava,
diciendo: "Estoy aquí y tú estás en mí hasta que muera".

Vidas de Gulliver

Mi vida no sería nada sin mis otras vidas
que me llevaron a vivir en una isla sin mar
y a ser pisoteado por virtuosos enanos en otra,
huyendo de una donde fui esclavo de caballos.
Seguramente no habría desvivido mi vida
si hubiera tenido el tiempo para vivir más,
pero nunca me habrían cortado el cuello
con la mano tibia de un hermano muerto,
no habría roto mi cabeza contra el muro
en el hospital donde mataron a mi abuela,
ni habría conocido la muerte en tus brazos.
No por vivir más, habría vivido otras vidas,
y tampoco podría haber vivido otras muertes,
ni la aventura de naufragar de cielo en cielo.
Jamás habría tenido las bellas muertes
conque la vida recompensa el haber vivido.

Ser

Soy León, pero me estoy cansando de serlo.
Me agobia llevar esta carga a todos lados
sin saber si dejarla en el filo de la cama,
cerrar los ojos y ponerme a correr desnudo
la hierba recién cortada y húmeda del cielo.
Igual a todo el mundo, me derrota volver
a empezar lo que aún no ha terminado.
Sé que todos han soñado este sueño
que revivió en los que pudieron despertar.
Yo siento que me arrastro en el agua
con el ancla oxidada de un viajero sin pies
y una mochila de islas y naufragios
que dejo a mis hijos como herencia.
Me canso de tanta vejez para una sola vida,
de la visión de la isla que se aleja de mí,
y de querer ser feliz, padre y buen amante,
sin brazos para nadar hasta al ser amado,
ni manos para alcanzar la limosna de vivir.
Soy León, lo sé aunque vaya olvidándolo
después de vivir estas vidas que se van.

Prisioneros

A mi madre

Cuando mi madre tose yo me acatarro,
y si sale al fresco en la noche tórrida
soy el viento que le mece los cabellos.
Ella me cree lejos y mal me recuerda,
sin embargo nunca estuve tan cerca.
Ella habla con las sombras de la tarde
y yo oigo su dulce voz de consejera.
Ambos estamos prisioneros del amor
y nadie, ni la muerte, puede alejarnos,
mientras mi padre pasee por la noche
con la llave de la casa en los bolsillos.

Lucas

Mi hijo es hermoso y se llama Lucas
pero antes lo llamé salvador de mí.
Es azul con el cielo pegado a las alas,
verde por la hierba en las dos patas
y rojo porque va cojeando herido.
Lo dejaron colgado en una cerca,
los brazos abiertos bajo el sol.
De un lado hay luz todos los días
y los mirlos cantan largas operetas.
Del otro lado estoy yo en la niebla,
las manos alargadas al vacío.
El mío es el mundo de lo invisible,
cosas descomunales que dan miedo.
Mi hijo es ese arcoiris que sangra
caído entre dos caminos, y aletea
con el alambre entre las costillas.
Oigo su piar y no sé si podré salvarlo.

Stipe precaria victitare*

Hoy es el día y la hora en el lugar de la salvación.
Soy puntual, estoy aseado y con el alma limpia.
Hay un sol en el hermoso cielo de la tarde otoñal
con este viento que arroja largas hojas afiladas,
como el cuchillo con que mi madre me dio vida.
Yo espero con mi cruz y mi bolsa de limosnas.
Bajo los árboles camina la madre de mi hijo.
Viene feliz con un paño negro sobre el pecho
donde antes hubo un pájaro rojo que cantaba.
Se ve que hizo el ayuno y vomitó una oración
a pobres, enfermos, huérfanos y extranjeros.
Se acerca con un grillo zumbón en el hombro.
Debajo del brazo trae a mi hijo que sonrío
al caer tintineando en mi bolsa de limosnas.

**Vivir precariamente de limosnas*

Vuelo 88, Atlanta

"No temas por él, tu hijo también duerme".
Me lo dice al oído el pájaro de la luna.
Mi hijo duerme en brazos de su madre
mientras yo pongo la cabeza en el vacío.
Abajo la noche corre con sus aguas
entre árboles y casas que reposan.
A su paso traga las últimas víctimas
que han demorado en cerrar los ojos.
Todo lo que fui y tuve durante el día
esta noche se separa y me niega.
En algún lugar una pequeña ventana
se enciende cuando sueña mi hijo.
Lo veo salvado en brazos de su madre.
Entro en su sueño y me dejo dormir
con los ojos llenos de un agua podrida.
Así es, mi hijo duerme y yo dentro él,
como el agua dentro un pez muerto
en el sueño de un verde bosque.

Navidad

El gusano que llevo dentro se acerca a su final.
Ha caminado como cada año esperando la hora
de salir al festín de mi cuerpo podrido en el barro.
Para él es el momento de renovar su deseo por mí,
para mí es la penosa ceremonia de verlo volver,
dejando su pestilente abono de Navidad a Navidad
mientras se alimenta de mis sueños y creencias.
Lo veo venir hacia mis ojos buscando una salida
de la prisión de mi cuerpo donde está condenado.
Cada año se repite el supuesto arribo a mi cadáver
del que espera huir batiendo una alas de seda.
Él me cree su carcelero, sin embargo no sabe
que este es el cuerpo de un condenado a muerte
con un plazo más hasta la Navidad que viene.

Crónica de año de nuevo

Suenan los carrillones, las fanfarrias,
los fuegos artificiales y la champaña.
Entretanto se abren las puertas
donde todos esperan ansiosos
vestidos de fiesta y copas en la mano.

Todo el mundo se disfraza para la ocasión.
Los pobres se disfrazan de ricos,
los ricos se disfrazan de generosos,
los enfermos se disfrazan de sanos,
incluso los medio muertos se disfrazan
con el mejor traje de enfermos.

Todo el mundo está allí para contarlo.
Están los invitados de hoy con sus máscaras
y las máscaras de quienes ya no están.

Suenan los carrillones, las fanfarrias,
los fuegos artificiales y la champaña.

Se abren las puertas.
Aparece al fin el niño del deseo
que es acogido entre vítores y aplausos,
deforme, monstruoso,

Huellas

Las huellas de mis padres son grandes y profundas.
Avanzan rectas delante de mí desde que partimos.
Como las de los dinosaurios se hunden en la niebla
y yo voy tras ellas siguiendo un orden inevitable.
Sé que este camino no conduce a ninguna parte
aunque rastree sus pasos bajo el polvo y el agua
unas veces por obediencia y otras por necesidad.
Ellos están muertos, si bien caminan, no sin pena,
arrastrando sus enormes pies deformados de andar.
Yo voy detrás y me esfuerzo en no pisarles encima.
Detrás de mí se acercan mis hijos, olfatean el suelo,
traen en los hombros sendas escopetas para matar.

Fuente

Ésta que veis es la fuente del viento
adonde vienen a beber los viajeros
que quieren alejarse por algún sueño.
Todo el que parte nos abandona, huye.
De nada sirve la sed infantil de viajar
en un mundo que da vueltas sobre sí.
Todo viaje es dar vueltas al vacío.
Viajan los que no tienen alas dentro.
Aquí perdí las alas con que solía viajar
a ninguna parte bajo de un flamboyán
No dudéis en alejaros de esta fuente
si creéis que bebiendo podéis escapar
de vosotros hacia mundos nuevos.
Todo está al alcance de la mano
y llegar aquí es perder el tiempo.
Los caminos que realmente necesitáis
no están en los mapas, los tenéis dentro,
han estado siempre esperando por ti.

El vacío

*Para Rafael E. Saumell,
en la pérdida de su hijo Abdel*

Al acostarme estaba tendido a mis pies
y al cerrar los ojos todavía me miraba
con sus grandes pupilas de gato muerto.
Luego recé un padrenuestro y me dormí,
pero él seguía allí velando como una cruz
el sueño negro y profundo donde reposo.
Yo me decía: "Esto no pasará más, soy feliz,
soy un hombre que va dando limosnas."
Sin embargo, todas las noches, siempre,
él ha estado allá fuera y dentro del sueño.
¡Hace tanto que temo perder su compañía
y quedar huérfano en medio de la gente!
Al despertarme pruebo que no me falta
y que por ello nada puede tener sentido,
ni siquiera la mano que recibe mi moneda,
ni la luz que brilla sobre esa moneda.
Cuando amanece y el sol abre la persiana
el paisaje se colma de objetos inútiles,
una ventana, un muro, una escalera;
y a pesar de ello sé que él está presente
en el envés de las cosas y la luz diurna,
cuidando que no me pierda en la tentación
de creer que estoy solo sobre un puente
y camino de una casa que nunca tuve.
Yo sé que él está conmigo en todas partes,

haciéndome saber que un día cualquiera
es una eternidad contra la nada y el deseo.
Ahora mismo está ahí, espiando mi mano
con ojos enamorados desde la página,
sin atreverse a decirme que no son palabras,
sino fragmentos de una lengua ya muerta.

Viaje

He vuelto a emprender el viaje
que inicié a ninguna parte
el día en que dejé a mi madre
sangrar sobre la mesa de cocina.
He vuelto a empezar desde cero,
con el cielo como techo, sin destino,
y llevo a mis hijos a la espalda
colgados como alas de cartón.
No tengo adónde ir, ni por quién.
En ningún lugar nadie me espera,
no puedo moverme a parte alguna
con estas raíces de baobab.
Una vez más he comenzado algo
que parece el principio del fin,
y eso me reconforta al partir.
Todos los viajes están escritos
en mi tronco, con las palabras
del cuchillo de mi madre.

Gota de agua

El mundo es tan sencillo que no lo merecemos.
Una sola gota de agua podría sobrevivirnos
mientras buscamos en el cielo una salvación
entre los blandos brazos de un dios dormido.
Esa gota que lenta se desliza por mi remo
como si en ella viajara el sueño del eterno,
hasta caer sumisa a nuestros pies esclavos,
no ignora que un día llegará a ser invisible
cuando perezca tragada por el azul del mar.
Y no obstante rueda infinita, sin inmutarse,
sin miedo de parecer nada más que una gota
del intocable cielo de agujeros a donde vamos.

La hoja

Después del polvo que dejará nuestro paso,
de la arrogante idea del orden y del tiempo,
quedará esta hoja volviendo a la noche pródiga,
—ésa que fue el principio antes de la palabra—
y nos traerá una vez más la primavera.
No le importa ser la humilde y simple hoja
que adorna nuestra estúpida corona de espinas
si nos aliviará con su sombra en el infierno.
En la fronda del Edén, en el viento del desierto
o en el breve vuelo al caer a nuestros pies, será
la misma imagen del tiempo que sucede.

Primavera

La primavera avanza lentamente bajo la hierba,
como la muerte, sin esperar a que la llamen,
dejando su esperado rastro en las ventanas.
Aunque no la veamos está a nuestro lado siempre
arrastrando los cabellos largos y encanecidos,
como la muerte, sin prisa, ni descansos.
Detrás o delante de la muerte, nunca abandona
su eterno oficio de hacernos esperar en el crepúsculo
el paso de su otro yo, como la muerte.
Va su carroza y el cortejo de las máscaras,
paso a paso y de rama en rama la primavera va,
huyendo de sí misma, como la muerte.

Último sobreviviente

Todavía voy atado al motor de mi carro hacia la noche;
dejé La Habana, dejé Madrid, y ahora voy por Sevilla.
Llevo pegada al parabrisas la mariposa que acompaño.
A lo largo de la carretera oigo la súplica de los árboles
que van a morir cuando termine de escribir este verso.
Los animales huyen por un nuevo refugio en el pasado.
Las olas del mar cantan un responso fúnebre, y el río,
el interminable, donde Heráclito se sentaba a meditar,
es un débil hilo de agua que rueda exhausto al océano.
Sin embargo mi carro sigue con la luz en el vacío,
el último escenario al que llevo la última mariposa,
pegada al parabrisas, moribunda de tan extenso viaje.
Yo soy el último hombre y ella es la última esperanza
de salvar todo aquello que hemos destruido en la tierra.
No me llamo Noé, ni siquiera ella es Cristo crucificado,
somos únicamente dos: un poeta y la belleza que falta
en esta oscuridad donde sólo las estrellas, incansables,
parecen sobrevivir a la oscuridad que nos agobia.
No sé si llegaremos a conocer alguna ciudad nueva.
Mas consuelan estas alas abiertas a la redención,
y ese calor del universo que me dice que hay memoria
más allá de la sombra pueril por donde viajamos.

Caen hojas muertas

Frente a la ventana por donde vuelve el otoño
de sus largas estancias de servidumbre a la muerte,
veo a mi hijo que se aleja arrastrado por su madre.

Ella va con el vestido rojo y cojea de mí.
Él es el niño que se lleva la primavera en los ojos
y es el castigo con que me penan en esta vida.

Se alejan cogidos de la mano, él vuelve la cabeza
para ver el muerto que empieza a oler a rosas.

Caen las hojas a mi ventana, lentamente, sin quejarse.
Vuelven sobre antiguos pasos a la tierra cansada.

No me inmuto, asumo el precio de ser viejo,
sin ganas de luchar, atravesar los mares y matar
con otras armas que no sea mi soledad.

Aquí sentado en un desvaído sillón de piel,
frente al jardín plantado de hojas muertas,
con los pies fríos, tiemblo de miedo.

Consejos para ser feliz

Para mi hijo Lucas

0. No escuchar los consejos de padres o abuelos y viajar a pie y descalzo el camino de la mente.
1. No aconsejar a nadie sobre su propia felicidad y menos sobre la de terceros o cuartos o quintos.
2. No querer ser feliz a costa de la infelicidad de otros o de la creencia en hombres o dioses.
3. Ser feliz sembrando día y noche en el jardín que nos crece dentro y no tirar nada a los cerdos.
4. Olvidar los paraísos prometidos por los hombres y dioses y forjar el propio del tamaño de un traje.
5. Imaginar en el color del viento las estaciones de lluvia y sequía y preparar la casa para ellas.
6. No escuchar ni a gobernantes, ni a publicitarios y sí a los gobernados y los que obran sin ser oídos.
7. Creer que la única y mejor casa del mundo eres tú mismo aunque no pueda ser vista por todos.
8. Aprender a vivir con tus monstruos y los ajenos, pero no dejes de matarlos cada vez que puedas.

9. Da gracias a la luz y a la sombra, al ser amado,
a tus padres, a una mano tendida y a nadie más.

10. No mates, pero nunca pongas la otra mejilla,
sé bueno, no imbécil; sé justo; no tonto.

Y vive como si hoy fuera el fin de todos los días.

Deudas

A mi padre

Ha pasado el tiempo tan rápido, que mi padre morirá sin poderle decir que como él plantaba árboles de sueño en el viejo bosque de los troncos carcomidos. Aunque nadie lo sabe, ni supo y no consta en fotografías. Tampoco yo puedo recordar dónde estaba aquella fronda de los árboles que me abrigaron del viento y la madurez. He encontrado una agenda manchada con mi sangre que sólo enumera lo que fui y quise ser antes de partir. Hoy voy sin rumbo bajo la piedad de sombras amarillas, lejos del mar y su olor dulzón de mártir recién ahogado, tratando a duras penas de ser un anciano que sueña con lo que soñó cierto día y que ni él mismo recuerda: un nombre, unos labios, una rosa, un sol en la orilla, única y sencillamente un lugar en la palma de la mano.

Día final

Hoy es un día, sin embargo es noche.
La lluvia levanta un manto al cielo
que viene a romperse a mis pies.
Los teléfonos suenan en todas direcciones,
insisten llamando a alguien a mi lado
que no quiere contestar o no está.
El mío también suena en mi sueño
como una ola en la oscuridad del mar.
Cierro los ojos y puedo ver a Dios
marcando con su dedo largo y rosado
el número que me dio mi madre al nacer.
Yo espero a que se canse de llamar,
no quiero ceder a la tentación:
Ni infierno, ni paraíso espero.
Hasta que hartado levanto el auricular
y oigo su embriagada voz de mujer.

Último cazador

El hombre que salió con una flauta
y una escopeta doliéndole el hombro,
creyó cierto día haber llegado al fin.
Y viajó hacia atrás en medio de la nada
para comprender lo que realmente era
y había dejado, además de los hijos.
Anduvo solo y seguro sobre sus pasos.
Vio paredes y papeles de su memoria
devorados por hambrientos comejenes.
Las palabras que antes lo ahogaban
ya no servían para construir otra casa.
Los roperos estaban llenos de trapos
que tampoco podían vestir su alma.
Caminó tapándose la herida del pecho.
Llegó hasta la última de las habitaciones
como si hubiera llegado finalmente al fin,
en ella vio la ventana azul que interroga,
y en medio la ansiada sogá del cielo.

Ciudad

Lentamente empiezo a hacerme de piedra
como la luna llena frente a una ventana.
Los vecinos resbalan en mi sangre
para morir a la entrada de los metros
donde estoy con la mano hacia el cielo.
Soy la piedra donde se sacrifica la noche,
el mendigo que duerme bajo los zapatos
como un castigo para los que pasan.
Ahora es la ciudad quien me camina
pisándome con pies sucios y descalzos.
Me atraviesa con sus trenes de porquería
que se pone a vomitar en los andenes.
Se mueve dentro de mí con parsimonia,
agarrándose fuertemente al pasamanos.
Como un feto defeca junto a mi corazón,
el lugar donde orinan y besan las parejas,
amparados por mi alma que se orea a la sombra.
La ciudad me derrota con sus miserias
dejándome la luna sola en la ventana,
muda, quieta, huérfana, superviviente.

Cielo a cuestas

El agua corre con el cielo a mis pies.
Un suave añil rueda por las cunetas
llevando el ruido de latas de conservas.
Es el cielo que se destroza en mi cabeza
mientras cae desteñido a las alcantarillas.
Aquí estoy como el primer crucificado
con toda la mierda sobre los hombros.
Y lo peor, sin saber hacer este trabajo,
ni haber nacido para ser un mártir.
Aquí no debería terminar todo.
Unas ratas me acarician las piernas,
roen trozos de cielo, lo arrastran,
y se alejan dejando un hilo de sangre.

Poética

Soy setenta por ciento de agua,
un poco de carne y de huesos,
y lo demás son mis excrementos.
No tengo alas, ni escamas,
sin embargo no parezco un hombre.
Y poco a poco estos viajes
que hago en maitines al inodoro
me están dejando sin ideas,
ni sentimientos, ni convicciones.
Aquí termina el largo camino
que inicié un día saliendo de mi madre.
En el equipaje queda esto que soy
y algunos recuerdos y pocos amores
que voy perdiendo día a día.
Soy esto que veis en el pozo,
tú también lo eres, ilustrísimo lector,
y juntos estamos unidos al destino.
Allá vamos cuando tiro de la cadena.

AGONÍAS DE GULLIVER

De Lucas, ciertas aventuras para cuando sea grande.

Condenado por mi naturaleza y por mi suerte a una vida activa y sin reposo, dos meses después de mi regreso volví a dejar mi país natal y me embarqué en las Dunas el 20 de junio de 1702.

Johathan Swift. *Los viajes de Gulliver*

Primera agonía de Gulliver

Me llamo Lemuel Gulliver,
aparentemente soy León de la Hoz
y algunos me llaman Robinson Crusoe,
pero yo sé que mi verdadero nombre
es Edmundo Dantes antes de ser
el amado Conde de Montecristo.
Hay dos cosas que no sé, por ejemplo,
no sé realmente quien soy ahora
y tampoco quién fui antes de ser.
Dicen que nací en una isla,
no puedo hablar nada sobre eso
porque tengo sólo una vaga idea:
un castillo, una cárcel, una isla.
Lo único que sé podría ocultarlo
y entonces no sería más que Nadie:
Tengo dos hijos en vidas diferentes
y una mujer que amar en otro puerto.

Segunda agonía de Gulliver

Antes mi libertad era naufragar,
ir a salvarme en cualquier playa
que acogiera mi alma descarriada.
Ahora naufragar es una condena
del mar que me acecha y castiga
mascullando lisonjas en mi oído.
Ni parte ni vuelve de ningún lado.
Siempre conmigo y dentro de mí
como una cruz de sal me castiga.
Yo soy su destino y en mí vive
cuando me sueño y me sueña
en la nueva playa adonde llego.
Antes era un naufrago del mar,
ahora es él quien naufraga en mí.

Tercera agonía de Gulliver

Mi destino y castigo es volver a naufragar
cada mañana al final de un viaje agotador.
Si estoy vivo o muerto es una pregunta
que me hago ya sin ganas de responder.
A mi izquierda tengo el sol herido como yo
que no obstante me vigila en el horizonte.
A la derecha veo a esas criaturas caminar,
hormigas parecen llevando en los hombros
trozos ensangrentados de mi cuerpo desnudo.
Se llevan cuanto pueden, sin compasión:
heces del alma, dolores y alegrías incurables,
memorias de una larga vida de náufrago.
Saquean mis pobres y escasas pertenencias.
Cada vez se acercan más al corazón.

Cuarta agonía de Gulliver

Estoy atado, exhausto y abatido
como un viejo barco en la arena.
La espuma besa mis pies viajeros
orientados hacia lo más hondo.
Mis captores pisan mis heridas
al caminar sobre mí con el botín.
Todo cuanto hay de valor
brilla con un rastro de sangre
en sus hombros de saqueadores.
Van y vienen doblados por el peso.
Al andar se hunden en mis carnes,
hurgan, cortan, buscan mi alma.
Es tanto el dolor que puedo pensar
en que este sea mi último viaje.
Me consuela saber que mi alma
la dejé a mis dos hijos.

Quinta agonía de Gulliver

Me llamo Gulliver, náufrago,
errante de cualquier destino.
Como Odiseo, el semidiós,
tengo una casa, una fuente,
un almendro en la entrada
y una mujer que desespera.
Su cabeza, un sol al viento,
llega a mí cuando amanece.
La puerta es un ojo de buey
que navega y vela el sueño.
Están al otro lado del mar,
junto al azul del horizonte.
A veces quisiera tener alas
cuando veo pasar los patos,
tan torpes, hacia otro cielo.
Tengo la alegría de este sueño
que vivió Odiseo al volver,
sin embargo nada he podido
por trocar mi suerte de reo.
Encadenado mi corazón pesa,
me hunde en la arena salada.
No puedo mover mis piernas,
que se diluyen en la espuma
al paso de mis carceleros.

Sexta agonía de Gulliver

Cada día amanezco en la playa de una isla
bañado por la espuma roja de su sangre.
Noche a noche me sueño llevando mi suerte
de náufrago que maldice su salvación.
Sólo acabará esta agonía el día soñado.
Aquel en que se acaben las playas de la isla
y ya no tenga a donde llevar mi cuerpo.
Entonces me quedaré braceando en la noche,
oyendo el rumor de las olas que me aman.

Séptima agonía de Gulliver

Tengo amigos muertos hace tiempo
que me esperan para otra partida.
Tienen el ajedrez sobre la mesa.
Hay otros que acaban de partir,
todavía el aire huele a sus pañuelos.
Y están los que empiezan a irse.
Los oyes en el camarote contigo
abrir y cerrar de noche las maletas,
creen olvidar algo imprescindible.
Yo no sé qué hacer, dudo, espero,
no quiero moverme a otras islas.
No más océanos, lestrigones o esfinges,
ni puertos, ni novias que esperan a otros.
Así, quiero estar como muerto,
sin ir a ninguna parte, carne podrida,
el último día que las olas me lleven.

FOTOGRAMAS INCONCLUSOS
PARA UNA SERIE INCONCLUSA

Para A. D., desde otra vida.

Desamor cero

Eso que ves con estupor
en tus manos de carnicera
es mi sangre.
Van cayendo coágulos de amor derramado.

Mi dolor es tan grande, tan oscuro,
que no lo ves.

Desamor uno

Tu mano se mueve en el aire
como un cuchillo lento y pensativo.

Debajo,
sobre la mesa de la cocina,
está mi corazón.

Aleteando,
enamorado.

Desamor dos

Es de noche.
Tú me vas a matar.
Yo voy a morir.
Aparentemente estamos solos
mientras se ve salir de la carne un violoncelo,
desolado y profundo.
Así será la herida que me harás.

Pero hay alguien más,
sin rostro, sin alas,
que con su ojo mudo nos mira
en una esquina de la estancia,
fuera del cuadro.

Es tu cómplice,
tu próxima víctima.

Desamor tres

Hay una luz angelical sobre tu cabeza.
Veo mi cuerpo en la basura de la cocina, al fondo.

Troceas mi corazón con el enorme cuchillo.
Lloras y de tus ojos caen cocodrilos,
pequeños cocodrilos que parecen lágrimas.

Desamor cuatro

Esto que ahora veis es mi alma.
Antes había sobrevivido a todas las miserias.
Y hoy se marcha herida,
escortada entre naranjos como una condenada a muerte.

El solo de violoncelo que oís
son sus pies arrastrando mi cuerpo vacío,
rodeado de moscas, oliendo.

Desamor cinco

Estoy muerto.
Allá abajo puedo ver lo que fue mi vida.

Odios no tuve, aunque odiado fui.
Amé a mis padres con el error de siempre.

A mis hijos.

También a mis novias eternas
que todavía pasean los trajes de boda
en la oscuridad de sus cuartos de casadas.

No fui perfecto y quise ser bueno
aunque en vez de rosas a veces puse espinas.

No traicioné, no me traicioné.

Puse monedas en la mano de un pordiosero.

Le di a mi cuerpo todo lo que quiso,
quizás menos de lo que yo hubiera deseado.
Me gustaron los árboles y fui perseguido por el mar
como Odiseo lo fue por su obsesión de volver.

Y también fui Nadie,
fue lo que más me gustó
hasta que morí en sus manos.

Allí veo a mi asesina,
la veo ponerse una máscara para salir en la noche,
ha limpiado escrupulosamente las balsosas
y sin embargo puedo ver aún la sangre como un mar.
Puedo sentir el olor de mi carne troceada
por las manos de tejedora que amé sobre mí
y escuchar las alas de las moscas que me cercan.

Estoy muerto,
definitivamente es cierto,
mas no puedo hacer nada por dejarme matar otra vez
mirando sus hermosos ojos de adolescente,
sus amorosos ojos de asesina.

ÍNDICE

VIDAS COMO ISLAS

Éste que veis no soy	15
Apátrida	17
Hombre pájaro	18
Esto es la patria	19
Poema de Cuba	20
Un lugar	21
Castillo de Ife	22
El cuchillo de mi madre	23
Las cuatro heridas	24
Paisaje	25
Muerte por mano propia	26
Ícaro	27
Foto movida	28
León	29
Libertad	30
Odiseo	31
Poema de la china	32
Los generales del Emperador	33
Estaciones	35
El sexo de la señorita C.	36
El gato birmano	37
Sueño de una noche tropical	38
La rosa a tu sombra	39
Nadar el alma	40

ISLAS COMO VIDAS

Barcos, islas	45
Isla	46
Ruego al mar	47
Vidas de Gulliver	49
Ser	50
Prisioneros	51
Lucas	52
Stipe precaria victitare	53
Vuelo 88, Atlanta	54
Navidad	55
Crónica de año nuevo	56
Huellas	57
Fuente	58
El vacío	59
Viaje	61
Gota de agua	62
La hoja	63
Primavera	64
Último sobreviviente	65
Caen hojas muertas	66
Consejos para ser feliz	67
Deudas	69
Teléfonos invisibles	70
Cazador	71
Ciudad	72
Cielo a costas	73
Poética	74

AGONÍAS DE GULLIVER

Primera agonía de Gulliver	79
Segunda agonía de Gulliver	80
Tercera agonía de Gulliver	81
Cuarta agonía de Gulliver	82
Quinta agonía de Gulliver	83
Sexta agonía de Gulliver	84
Séptima agonía de Gulliver	85

FOTOGRAMAS INCONCLUSOS
PARA UNA SERIE INCONCLUSA

Desamor cero	89
Desamor uno	90
Desamor dos	91
Desamor tres	92
Desamor cuatro	93
Desamor cinco	94

Este libro se terminó
el 21 de septiembre de 2012

editorial **BETANIA**

Apartado de Correos 50.767 Madrid 28080 España.

E-Mail: ebetania@teleline.es y ebetania@terra.es

<http://ebetania.wordpress.com>

RESUMEN DEL CATÁLOGO (1987-2012)

Colección Betania de Poesía:

La novia de Lázaro, de Dulce María Loynaz.

Voluntad de Vivir Manifestándose y Leprosorio (Trilogía Poética), de Reinaldo Arenas.

Piranese, de Pierre Seghers. Traducción de Ana Rosa Núñez.

13 Poemas, de José Mario.

Venías, de Roberto Valero.

Un caduco calendario, La luz bajo sospecha y Érase una vez una anciana, de Pancho Vives.

Confesiones eróticas y otros hechizos, de Daina Chaviano.

Oscuridad Divina, Polvo de Ángel y Autorretrato en ojo ajeno, de Carlota Caulfield.

Hermana, Hemos llegado a Illión, Hermana/Sister, Dos mujeres y Volver de Magali Alabau.

Altazora acompañando a Vicente, Merla y Quemando Luces, de Maya Islas.

Delirio del Desarraigo (2ª ed.) y Psicalgia/Psychalgie, de Juan José Cantón y Cantón.

Noser y Sin una canción desesperada, de Mario G. Beruvides.

Los Hilos del Tapiz y La Resaca del Absurdo, de David Lago González.

Blanca Aldaba Preludia, de Lourdes Gil.

Tropel de espejos, de Iraida Iturralde.

Puntos de apoyo, de Pablo Medina.

Hasta agotar el éxtasis, de María Victoria Reyzábal.

Señales para hallar ese extraño animal en el que habito, de Osvaldo R. Sabino.

Leyenda de una noche del Caribe, Vigil / Sor Juana Inés / Martí, Bajel último y otras obras y

Calles de la tarde, de Antonio Giraudir.

Cuaderno de Antinoo, de Alberto Lauro.

Poesía desde el paraíso, Cosas sagradas y Resaca de nadas y silencios, de Orlando Fondevila.

Memoria de mí, de Orlando Rosardi.

Equivocaciones, de Gustavo Pérez Firmat.

Fiesta socrática, Versos como amigos y Los silencios del rapsoda, de Florence L. Yudin.

Hambre de pez, de Luis Marcelino Gómez.

Juan de la Cruz más cerca, Batiburrillo y Canciones y Ocurrencias y más canciones, de José

Puga Martínez.

Cuerpo divinamente humano y Vidas de Gulliver, de León de la Hoz.

Hombre familiar o Monólogo de las Confesiones y Bajó lámparas festivas, de

Ismael Sombra Haber.
Mitologías, de María Elena Blanco.
Entero lugar e íntimo color, de Laura Ymayo Tartakoff.
La Ciudad Muerta de Korad, de Oscar Hurtado.
No hay fronteras ni estoy lejos;... Se ríe de esquina peligrosa, ¿Qué porcentaje de erotismo tiene tu saliva?, Una cruz de ceniza en el aliento, Que un gallo me cante para morir en colores,...
Y se te morirán las manos vírgenes de mí, No sé si soy de agua o de tu ausencia y La cadena perpetua de nunca olvidarte, de Roberto Cazorla.
Oasis, de José Ángel Buesa.
Versos sencillos, de José Martí.
Voces que dictan, de Eugenio A. Angulo.
Tantra Tanka, de Aristides Falcón Parafí.
La casa amanecida y El invitado, de José López Sánchez-Varos.
Sombras imaginarias, Vigilia del aliento y Sigo zurciendo las medias de mi hijo, de Arminda Valdés-Ginebra.
De_Dos que el amor conocen, de Pedro Flores y Lidia Machado.
Rosas sobre el cemento (Poemario de la primera mitad del siglo), de Carlos Pérez Casas.
Catavientos, de Lola Martínez.
País de agua, de Carlos E. Cenzano.
Desde los límites del Paraíso y Alicia en el Catálogo de Ikea-La noche de Europa, de José Manuel Sevilla.
En las regiones del dios Pan, de Carlos Miguel González Garrido.
La flauta del embaucador, de Eduarda Lillo Moro.
Madona, de Jaume Mesquida.
Poemas a ese otro amor, Desencuentros, Símpatos, Sentimientos y Huellas, de Víctor Monserat.
Los vencidos, de Joaquín Ortega Parra.
El viaje de los elegidos, de Joaquín Gálvez.
Una suma de frágiles combates, de Lucía Ballester.
Lo común de las cosas, de Ricardo Riverón Rojas.
Melodías de mujer, de Joely R. Villalba.
La gadaña de oro y Jesús,tú eres mi alegría y El hotel de los lunes, de José Villacís.
Amaos los unos a los otros, de Oscar Piñera Arenas.
Numeritos y palabras, de Roberto Ferrer.
Afuera, de Camilo Venegas.
Vendedor de espejos, de Eliecer Barreto Aguilera.
Hasta el presente (Poesía casi completa) y Otro fuego a liturgia, de Alina Galliano.
Fugitiva del tiempo, de Emilia Currás.
Cuba, sirena dormida, Refranero español de décimas y Hontanar. Antología de décimas, de Evelio Domínguez.
La memoria donde ardía, de Olga Guadalupe.
Contemplación. Thoughts and Poems, de Ileana González Monserrat.
Tribunal de sombras, de Guillermo Arango.
Las palabras viajeras, de Aimée G. Bolaños
Cuba en verso: la isla entre rejas, de Ada Bezos Castilla.



Autorretrato. © León de la Hoz

León de la Hoz

Santiago de Cuba, 1957. Ha publicado *Coordinadas* (La Habana, 1982); *La cara en la moneda* (La Habana, 1987); *Los pies del invisible* (La Habana, 1988); *Preguntas a Dios* (Madrid, 1994); *La poesía de las dos orillas. Cuba (1959-1993)* (Madrid, 1994); *Cuerpo divinamente humano* (Madrid, 1999), ilustrado por Roberto Fabelo, y la novela *La semana más larga* (Madrid, 2007).

En Cuba, entre otros premios nacionales, obtuvo los premios "David" (1984) y "Julián del Casal" (1987), ambos de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC). Dirigió la revista cultural *La Gaceta de Cuba* y fue cofundador y director de la revista online *Otrolunes*.

Ha sido incluido en numerosas antologías, entre otras, *Poesía cubana: La isla entera*, Felipe Lázaro y Bladimir Zamora (Madrid, 1995); *Las palabras son islas. Panorama de la poesía cubana del siglo XX*, Jorge Luis Arcos (La Habana, 1999); *Antología de la Poesía Cubana, Vol. IV*, Ángel Esteban y Álvaro Salvador (Madrid, 2002) y *Poemas cubanos del siglo XX*, Manuel Díaz Martínez (Madrid, 2002).

Escribe el blog *Hábeas Corpus*.

"Lo verdaderamente notable en este poeta es la eficacia de una poesía profundamente contestataria, que se juega en el mismo terreno de la ambigüedad propia de toda gran poesía. Su discurso quemante, espejo de una realidad que le come el hígado, se vuelve conocimiento del alma de todos los hombres".

Jaime Valdivieso. *El Mercurio* (Chile)



9 788480 173216

editorial **BETANIA**
Colección BETANIA de Poesía